

“Separaciones”,

En Jorge Larrosa, *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*. Buenos Aires. Noveduc 2019.

Separaciones.

Para mostrar qué es la escuela, voy a comenzar comentando con cierto detalle unas pocas líneas de un texto célebre de Jaques Rancière¹. La primera frase que me interesa dice que *“la escuela no es un lugar definido por una finalidad social externa”*. El enunciado sorprendente puesto que estamos acostumbrados a pensar la escuela, precisamente, por su función social. Nuestra pregunta “natural” es para qué sirve o para qué debería servir la escuela, cuál es o cuál debería ser la función o la finalidad de la escuela. Y esa función siempre la buscamos fuera de la escuela. O bien en la sociedad (la escuela está ahí para producir ciertos efectos o ciertas transformaciones sociales, o políticas, o económica, o culturales) o bien en el individuo (la escuela está ahí para producir ciertos efectos o ciertos cambios en los individuos). Pero Rancière dice que la escuela no se define por su finalidad social externa. La escuela tiene su función, precisamente, en la manera como se separa de cualquier finalidad externa. O, dicho de otro modo, la finalidad de la escuela es la escuela misma.

El texto continúa diciendo que la escuela *“es, ante todo, una forma de separación de los espacios, de los tiempos y de las ocupaciones sociales”*.

La escuela no se define por su función sino por su forma, y esa forma lo que hace es separar: separa el espacio escolar de otros espacios sociales, separa el tiempo escolar de otros tiempos sociales, y separa las ocupaciones escolares de otras actividades sociales. La escuela instituye un tipo especial de espacio (el espacio escolar), de tiempo (el tiempo escolar) y de ocupaciones (las actividades escolares, los ejercicios escolares, las tareas escolares, las prácticas escolares). Y es esa separación (ese espacio, ese tiempo y esas ocupaciones separadas) lo que hace que la escuela sea escuela (y no una fábrica, un shopping, una plaza, un mercado, un hogar familiar o una empresa). Y sigue:

“Escuela no significa aprendizaje, sino ocio. La scholè griega separa dos usos del tiempo: el uso de aquellos a quienes la obligación del servicio y de la producción quita, por definición, tiempo para hacer otra cosa; y el uso de aquellos que tienen tiempo, es decir, aquellos que están dispensados de las exigencias del trabajo y pueden dedicarse al puro placer de aprender”.

La palabra escuela, nos recuerda Rancière, viene de *scholè*, una palabra que se traduce al latín por *otium*, ocio, o por tiempo libre. La escuela, por tanto, separa dos tipos de tiempo: el tiempo libre y el tiempo esclavo o, si se quiere, el tiempo productivo (de trabajo) y el tiempo liberado de la producción y del trabajo. La escuela instituye un tiempo liberado, dice Rancière, en el que los que tienen tiempo pueden dedicarse a perder el tiempo, es decir, al puro placer de aprender. El tiempo de la escuela, como el aprendizaje de la escuela, no es un instrumento para otra cosa, no está en función de otra cosa, sino que se caracteriza, precisamente, porque tiene sentido en sí mismo.

Lo que ocurre es que en la antigüedad griega esa separación de los tiempos implicaba también una separación de las personas. Una separación entre aquellos que no tienen tiempo para otra cosa que no sea trabajar (y por tanto no pueden ni deben ir a la escuela) y aquellos que, por definición, por su propio nacimiento o por su propia posición, tienen tiempo porque no tienen que trabajar, porque son libres y no esclavos (o comerciantes, o artesanos), y por eso pueden dedicarse al puro placer de aprender, a lo que en griego se llamaba *biostheoretikós* y en latín *vita contemplativa* y que, como se sabe, era la forma de vida más alta, la más noble, tanto que a ella se subordinaban tanto la economía como la política.

¹ Jacques Rancière, “École, production et égalité », en *L'école de la démocratie*. Paris. Edilig 1998. El texto está disponible en horlieu-editions.com/textes-en-lignes/politique/ranciere-ecole-production-egalite.pdf. Las líneas citadas están en las páginas 2 y 3 de la versión digital.

Y lo que hace la escuela pública moderna es democratizar el tiempo libre, es decir, sacar a todos los niños y a la mayoría de los jóvenes del trabajo, de las exigencias del trabajo, y regalarles tiempo para aprender. La escuela moderna extiende y universaliza la *scholè* aristocrática. Y es en ese sentido que podemos decir que la escuela es hija del tiempo libre, heredera de la *scholè*. Pero sigamos con Rancière:

“Si la *scholè* define el modo de vida de los iguales, esos escolares de la Academia o del Liceo, del Pórtico o del Jardín, son los iguales por excelencia”. Se sabe que la Academia es la escuela fundada por Platón en un jardín comprado a un tal Academos. El Liceo es la escuela fundada por Aristóteles, se llama así porque estaba al lado del templo dedicado a Apolo Licio y también tenía un jardín por el que los escolares paseaban, de ahí que el Liceo también se llamara *Peripatos*. El Pórtico, que en griego se dice *stoa*, era la escuela estoica, fundada por Zenón de Citio, y se encontraba junto al pórtico pintado del ágora ateniense. Y el Jardín es, desde luego, el Jardín de Epicuro que se encontraba en las afueras de Atenas, en el camino al puerto de El Pireo. Y digo eso no por hacer una nota erudita, sino para insistir en que Rancière se refiere a las escuelas filosóficas, a las filosofías escolarizadas, esas que ya han abandonado las calles, los mercados y las plazas para recluirse en un espacio separado, un espacio de esos que están en la ciudad pero a la vez no pertenecen a ella y a los que Michel Foucault, en un texto célebre, llamará heterotopías y entre las que incluirá, de un modo privilegiado, al jardín. La escuela de la que habla Rancière, por tanto, implica una separación temporal y una separación espacial o, por seguir utilizando palabras griegas, una heterocronía y una heterotopía. Pero también implica una separación de los sujetos hecha desde el punto de vista de la igualdad. Los habitantes de la escuela, los escolares, dice Rancière, son iguales, los iguales por excelencia.

*

Para entender esas dos líneas del texto que estoy comentando debemos remitirnos a la relación que tanto la escuela como la democracia (ese otro invento griego) tienen con la *scholè* y con la igualdad o, dicho de otro modo, debemos aclarar qué significa eso de que la *scholè* define el modo de vida de los iguales. Se sabe que el ágora, el lugar de la democracia, es el espacio público donde los ciudadanos libres se reúnen en tanto que iguales. Iguales ante la ley (lo que los griegos llamaban *isonomía*) e iguales en cuanto al valor de su palabra (lo que los griegos llamaban *isegoría*). En el ágora la palabra es igualitaria, no hay palabras de más o de menos valor. Además, los ciudadanos van al ágora, a la plaza, no para ocuparse de sus propios asuntos, de sus asuntos particulares, sino para ocuparse de los asuntos de todos, de los asuntos de la ciudad, de *lapolis*. No están ahí como representantes de tal o tal o tal grupo, de tales o cuales intereses, sino como ciudadanos, es decir, como personas preocupadas no de su bien o de su interés particular sino del bien o del interés común. Pero esa igualdad democrática se deriva también de la *scholè*, del tiempo libre.

En *El filósofo y sus pobres*, Rancière muestra como los filósofos griegos recurrían a los artesanos para la discusión sobre las divisiones del tiempo y del espacio que determinan el reparto (desigual) de los lugares sociales y de las capacidades e incapacidades que están ligadas a cada uno de ellos. Retoma la fábula platónica de los metales, esa que dice que hay hierro en el alma de los trabajadores y oro en la de los guardianes, y que cada uno tiene que hacer una sola cosa, la que es adecuada a su condición y a su capacidad. Pero enseguida subraya que el argumento principal para justificar que nadie pueda salir de su lugar no es la diferencia de capacidades sino el uso del tiempo. Los artesanos no pueden pensar, ni aprender por el puro placer de aprender, ni participar en política porque no tienen tiempo. El factor de exclusión “es la ausencia de tiempo -o ausencia de ocio: la *ascholia*”². Y, en unas líneas que parecen remitir a ese libro extraordinario que es *La noche de los proletarios*³, afirma que la

² Jacques Rancière, *El filósofo y sus pobres*. Buenos Aires. Universidad Nacional de General Sarmiento 2013. Pág. 25.

³ Jacques Rancière, *La noche de los proletarios*. Archivos del sueño obrero. Buenos Aires. Tinta limón 2010.

emancipación obrera comienza con el gesto de ganar “sobre la noche destinada a reproducir la fuerza de trabajo, el tiempo de leer, escribir o hablar no como obrero, sino como cualquier otro”⁴. El camino de la emancipación comienza por la apertura de un tiempo que no se tiene. De ahí que la escuela, en tanto que consiste, precisamente, en un lugar en el que hay tiempo para leer, para escribir y para hablar, sea un lugar en el que los seres humanos pueden salir, por un tiempo, de su condición, pueden ser como cualquier otro, y pueden imaginar la posibilidad de ser cualquier cosa.

Es en ese sentido que Rancière dice que la *scholè* define el modo de vida de los iguales. De los que son iguales en el ágora (en el espacio público de la democracia), y también de los que son iguales en la escuela (en la Academia, en el Pórtico, en el Jardín o en el Liceo). De los que tienen tiempo para dedicarse a los asuntos públicos (en la política democrática) y de los que tienen tiempo para aprender por el mero placer de aprender (en la escuela). Por eso los escolares son los iguales por excelencia, porque se definen por la *scholè* y sólo por la *scholè*. Desde este punto de vista, la escuela, esa invención griega que es hija de la igualdad y del tiempo libre, consiste en la apertura de un lugar que borra (por un tiempo) el reparto desigual de las posiciones sociales. En la escuela todos tienen tiempo para leer, para escribir y para hablar; para aprender por el puro placer de aprender; para estudiar. Pero volvamos al texto:

“¿Cuál es la relación entre esos jóvenes atenienses bien nacidos y la multitud confusa y apática de nuestros colegios de periferia? Nada más que una forma, la forma-escuela, tal como la definen tres relaciones simbólicas fundamentales: la escuela no es primero el lugar de la transmisión de los saberes que preparan a los niños para la vida adulta. Es el lugar localizado fuera de las necesidades del trabajo, el lugar donde se aprende por aprender, el lugar de la igualdad por excelencia”.

En la antigua Grecia había una distinción fuerte entre los bien nacidos y los mal nacidos. Era el nacimiento el que determinaba la *scholè*, el tiempo libre. En nuestra sociedad sigue habiendo bien nacidos y mal nacidos, el nacimiento sigue separando a los seres humanos, pero la escuela, la forma-escuela, suspende (por un tiempo) esa desigualdad del nacimiento. La escuela no iguala por su contenido sino por su forma. Entre los jóvenes atenienses bien nacidos y los jóvenes de nuestras escuelas de periferia la única relación es que todos ellos van a la escuela, que todos son acogidos por un espacio-tiempo igualitario, por la forma-escuela. Los contenidos de la escuela han cambiado, sus funciones sociales también, pero su forma aún se mantiene. Y esa forma tiene que ver, dice Rancière, con la separación del trabajo, con el aprendizaje como medio puro (con el aprender por el aprender, eso a lo que podríamos llamar estudio) y con la igualdad.

*

La forma-escuela regala a los niños y a los jóvenes cuatro cosas. En primer lugar, les da tiempo, un tipo especial de tiempo: el tiempo escolar, el tiempo libre, liberado. La palabra escuela, lo he dicho ya, viene de *scholè*, eso que en latín se llama *otium*, ocio, y que es lo contrario del tiempo productivo, del *neg-otium*, de lo que los griegos llamaban *a-scholia*. Ni los griegos ni los romanos tenían una palabra positiva para designar el trabajo. El trabajo era para ellos una condición negativa, privativa, la condición de los que no tienen tiempo libre, de aquellos cuya vida está completamente capturada por la necesidad y que, precisamente por eso, están privados de algo que es fundamental al menos para dos cosas. Primero, para el ejercicio de la libertad y de la ciudadanía (política) y, segundo, para el ejercicio de la vida teórica, contemplativa, de la vida “escolar”, esa que se dedica al estudio, al conocimiento por sí mismo. La posibilidad de la vida teórica es, para los griegos, casi condición de humanidad. La *Metafísica* de Aristóteles comienza con esta frase célebre: “Todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber”. Una vida privada de la dedicación al saber, al conocimiento, una

⁴Jaques Rancière. *El filósofo y sus pobres*. Op. Cit. Pág. 13.

vida privada de *scholè* (del tiempo libre u ocioso que sería su condición) es una vida amputada de una parte de su humanidad, de eso que corresponde a todo hombre porque lo desea “por naturaleza”.

La escuela aparece cuando una sociedad decide que los niños y los jóvenes tienen que disponer de tiempo liberado del trabajo, no productivo. La escuela aparece precisamente cuando una sociedad decide que los niños y los jóvenes no tienen que trabajar. Lo que hace es liberar a los niños del trabajo, pero no para prepararlos para el trabajo sino para darles un tiempo distinto y, sobre todo, un tiempo para otras cosas.

Lo que ocurre es que nosotros priorizamos el trabajo y, lo que es peor, consideramos el ocio, el tiempo libre, como un tiempo para la diversión y el consumo. Nuestra sociedad ha desarrollado las industrias del entretenimiento y las industrias del ocio, ha mercantilizado el tiempo libre, dicho de otra manera, lo ha puesto a producir. Por eso, la tarea de la escuela hoy en día, si es que la escuela quiere continuar ligada a la *scholè*, no es sólo liberar a los niños y a los jóvenes del trabajo sino también, y sobre todo, liberarlos del consumo, del ocio programado y mercantilizado. Si la escuela moderna, ilustrada, liberó a los niños y a los jóvenes del trabajo en el campo y en la fábrica y les dio tiempo (para estudiar), ahora la escuela, si quiere que continúen estudiando, debe arrancarlos de Disneylandia y, en general, del *shopping*. La escuela no debe convertirse en una fábrica (ni en una extensión de la fábrica ni en una preparación para la fábrica), pero no puede convertirse tampoco en una extensión del mercado. En la escuela los niños y los jóvenes no son productores ni consumidores, ni trabajadores ni clientes, sino que son estudiantes. Por eso el tiempo libre de la escuela no es sólo tiempo libre *de* (del trabajo y del consumo) sino que es también tiempo libre *para*, tiempo libre para estudiar.

La escuela da tiempo, permite que los niños y los jóvenes pierdan el tiempo en cosas que no son inmediatamente útiles, productivas o rentables. En ese sentido, la escuela se constituye en tanto que crea una separación temporal, en tanto que abre una heterocronía, en tanto que permite la posibilidad de un tiempo diferente, de un tiempo otro. Más aún: la escuela da mucho tiempo: tiempo para equivocarse, para repetir, para comenzar de nuevo. Y lentifica el tiempo: da tiempo para hacer las cosas despacio, con atención, con paciencia, sin prisas, con cuidado.

La segunda cosa que la escuela da es espacio. De hecho, los romanos usaron la palabra importada *schola* no tanto para designar un tiempo (libre) sino para designar un espacio (separado), el espacio de la *scholè*. La escuela sería entonces algo así como una espacialización del tiempo libre. Y quizá no estaría de más señalar que *spatium*, en latín, se refería a la materia que separaba dos puntos, tanto en el tiempo como sobre un terreno. *Spatium* es el vocablo latino que nombra primero el tiempo de espera entre dos momentos temporales (de ahí su relación con espera y con esperanza), y después, por extensión, la distancia vacía entre dos puntos. Espacio tiene que ver, pues, con separación, con intervalo, con espera, con vacío, con distancia. La escuela como espacio sería entonces una separación, un intervalo, una espera, un vacío, una distancia.

Y ya que estamos con palabras antiguas que aún usamos, diré también que la palabra lugar tiene una doble etimología muy interesante. La primera la deriva de *locus* y de *localis* y la relaciona con local, localizar, colocar o dislocar. La segunda la deriva de *lucaris*, un dialectismo itálico muy extendido en el habla vulgar que sustituye a la forma clásica *lucus* y que significa un claro en el bosque o una pradera rodeada de árboles que se destinaba a la protección de alguna divinidad o, más tarde, a la instalación de una aldea. Éste último es el sentido que se consolida en lengua romance donde las palabras “lugar” y “lugarejo” significan una pequeña población situada en un claro del bosque. Pero lo interesante es que ese *lucaris* viene de la raíz indoeuropea *leuk* que significa luz, esplendor, claridad, y de la que también derivan otras palabras de origen latino como lucir, lucero, luminoso, ilustre, ilustrado, luna o, incluso, lucubrar o elucubrar.

Para producir algunas connotaciones, conservemos eso de la distancia, de la separación, del intervalo, y de la espera; conservemos también eso del claro, de la claridad y de la luz; y digamos que la escuela da a los niños y a los jóvenes un espacio separado o un lugar despejado e iluminado en el que se colocan ciertas cosas (y no otras) y en el que se hacen ciertas actividades (y no otras). La escuela, en ese sentido, produce una separación espacial (abre una heterotopía, un espacio diferente, un espacio otro) que separa y alberga cuatro cosas: un tipo particular de tiempo (una heterocronía, la *scholè*, el tiempo libre), un tipo particular de sujetos (los escolares, es decir, los profesores y los estudiantes), un tipo particular de cosas (las materias escolares) y un tipo particular de actividades (las actividades escolares).

La escuela aparece cuando una sociedad decide que hay cosas que se hacen y se aprenden en casa, con las cosas que hay en casa, claro que sí, que hay cosas que se hacen y se aprenden en la plaza o en el mercado, con las cosas que hay en la plaza o en el mercado, claro que sí, o que se aprenden en el trabajo, claro que sí, porque eso de hacer, y de aprender, y de aprender haciendo, es algo que sucede en muchos sitios y algo que se hace con muchas cosas y de muchas maneras. Pero que hay cosas que sólo se hacen y se aprenden en la escuela, con las cosas que hay en la escuela, a la manera de la escuela. O, dicho de otro modo, que para hacer y aprender ciertas cosas y con ciertas cosas y de determinada manera hay que salir de casa, o dejar la plaza, o el mercado, o el trabajo, por un tiempo, e ir a otro sitio, ir a la escuela, a ese espacio separado, a ese lugar despejado e iluminado en el que se tiene tiempo libre (para estudiar), y en el que hay cosas que se han colocado allí, que se han puesto o dispuesto ahí, precisamente para que sean el objeto y la materia de esa actividad específicamente escolar que aún llamamos estudio.

La escuela como espacio separado tiene que ver también con que la escuela no es sólo separación del trabajo sino también separación de la familia, del *oikos*, de la casa. Los griegos inventan un extraño dispositivo (eso que algunos llaman la doble paternidad) que consiste en que los padres, para la educación de los hijos, tienen que entregarlos a la escuela y, sobre todo, tienen que entregarlos a otras personas que no son ni pueden ser esclavos domésticos. En ese sentido, la escuela no es preparación para el trabajo, lo he dicho ya, pero tampoco es continuación de la familia. Por eso la escuela pierde su potencia emancipadora no sólo cuando se subordina al trabajo sino también cuando se subordina a la familia. Los empresarios y los vendedores no deberían tener ningún lugar en la escuela, pero tampoco los padres. El ámbito familiar y el ámbito económico (tanto el de la producción como el consumo) están estructurados por la desigualdad. Y si la escuela quiere ser aún un espacio-tiempo igualitario tiene que suspender en su interior tanto la desigualdad familiar como la desigualdad económica.

La escuela, hasta aquí, da a los niños y a los jóvenes tiempo y espacio. Pero les da tiempo y espacio para que se relacionen con un tipo de cosas específicas, esas que sólo están en la escuela: las materias de estudio. Podríamos decir, entonces, que la tercera cosa que la escuela da a los niños y a los jóvenes son materias de estudio, es decir, esas cosas que los adultos hemos decidido que valen la pena aprender por sí mismas, independientemente de su utilidad. Ese es uno de los posibles significados de estudio: hacer algo por el mero hecho de hacerlo, porque vale la pena, no por una finalidad exterior, no porque sirva para otra cosa, sino por sí mismo. En latín, *studium* era aplicación, celo, cuidado, dedicación. Y el verbo *studeo* significaba dedicarse, aplicarse u ocuparse de algo: la locución *studium legendi*, por ejemplo, podría traducirse como “dedicación a la lectura”. El estudio no tiene otra finalidad que el estudio mismo. Y las materias de estudio son las cosas que la escuela separa precisamente para eso: para estudiar.

De ahí que si la *scholè*, el tiempo de la escuela, es un tiempo liberado tanto de la producción como del consumo, entonces las materias de estudio, las materias escolares, son las cosas liberadas de su función para ejercer sobre ellas y con ellas el estudio, es decir una actividad libre y no definida por su utilidad. Pero ese carácter “libre” del estudio no significa que se haga sin esfuerzo o de cualquier manera.

Por eso la cuarta cosa que la escuela da a los niños y a los jóvenes son actividades, procedimientos, maneras de hacer, disciplinas, ejercicios, cosas que también sólo la escuela puede dar. Y eso porque esas maneras de hacer no están en casa, ni en la plaza, ni en el mercado, ni en el trabajo, sino que son específicamente escolares. La palabra “disciplina” viene del verbo *disceo* que significa “aprender”, por lo que “discípulo” podría traducirse, simplemente, por “aprendiz”. Pero los etimologistas dicen que el verbo no explica la *p*, que el *pulo* de discípulo no puede ser un diminutivo, y que esa terminación podría estar relacionada con los verbos *pello*, *pellere*, que tienen el significado de impulsar. De ahí que “discípulo” podría traducirse como “el que está empujado a aprender”, y “disciplina” como “lo que empuja o impulsa el aprender”. Además, si tenemos en cuenta que la palabra disciplina se aplica también a una ciencia o a un arte, a una materia de estudio en definitiva, tenemos ya la relación intrínseca entre la materia y la forma o, si se quiere, entre la cosa a estudiar y la actividad del estudio. La disciplina es, a la vez, la materia de estudio y la forma de estudiar, como si la maneras o los procedimientos del estudiar dependieran de la propia materia de estudio, y como si la materia de estudio se constituyera o se revelara como tal, se hiciera presente, precisamente por las formas de relacionarse con ella, por la forma como se estudia. Serían entonces ambas cosas (como si dijéramos: la disciplina de la disciplina) las que empujan o impulsan el aprender, es decir, las que constituyen al discípulo como tal. Para disciplinar el estudio la escuela inventa y propone ejercicios. La escuela da ejercicios, modos de hacer, procedimientos para estudiar. Por eso los ejercicios escolares constituyen las actividades propias de la escuela.

La escuela es un dispositivo que libera el tiempo, el espacio, las cosas (materias de estudio) y los procedimientos (ejercicios) que son imprescindibles para iniciar a los niños y a los jóvenes en el estudio, para convertirlos en estudiantes (no en alumnos sino en estudiantes). Los niños y los jóvenes se convierten en alumnos en el momento en que entran en la escuela. Pero la tarea de la escuela es hacerlos estudiar, convertirlos en estudiantes. Y para eso hace falta que los profesores también estén en el estudio, que también sean estudiosos.

Podríamos decir, entonces, que en la escuela hay alumnos y profesores (niños y jóvenes convertidos en alumnos, y adultos convertidos en profesores), claro que sí, pero que lo que hay, sobre todo, son estudiosos y estudiantes. Esos son los escolares, los sujetos de la escuela: los estudiosos y los estudiantes, los que ya están en el estudio y los que se inician en el estudio. La escuela es algo tan sencillo como eso: el tiempo, el espacio, las materialidades y los procedimientos para el estudio. O, de un modo aún más conciso, la escuela es la casa del estudio, un dispositivo material que ofrece a los niños y a los jóvenes lo que es necesario para que puedan estudiar, para que puedan aplicarse con atención, disciplina, perseverancia y celo a ejercitarse en cosas que no están en la casa, ni en la televisión, ni en la plaza, ni en el shopping: a cosas que valen la pena por sí mismas.